

rios, los epitafios de próceres, monjes y abades, las inscripciones de consagración, las epístolas de príncipes, prelados y hombres célebres, las descripciones de códices, relicarios, dípticos y vasos sagrados, formando todo junto el depósito más rico y el más vario arsenal que pudiera ambicionar la erudición para trazar la historia patria. Infatigable, como lo fueron sus primeros continuadores, Florez allega, compara, discierne y depura la verdad hasta el punto de convencer la razón y dominar el entendimiento. Su libro, como obra de acarreo y de acopio, si restablecía en larga serie de disertaciones el criterio de la razón «y presentaba bajo nuevo aspecto la historia de España», distaba no obstante en gran manera de ser realmente una historia: en él se veía germinar, libre de toda cizaña, la varia semilla que debía florecer en multiplicados terrenos, no siendo en verdad la crítica literaria quien esperaba hacer menos colmada cosecha <sup>1</sup>.

No parecía llegado en medio de aquel movimiento de los estudios críticos el instante de acometerse la empresa de trazar la historia de las letras españolas; y sin embargo contábase el año de 1766, cuando dos hermanos cordobeses, religiosos ambos de la Orden tercera, eruditos como los más de su tiempo, dotados de profundo amor á las letras y de acendrado patriotismo, inserbian al frente de un libro, por muchos conceptos notable, el título de: *Historia literaria de España desde su primera poblacion hasta nuestros dias*. Grande era en verdad el intento; pero ¿abrigaban los Mohedanos exacta idea de lo que debía ser una historia litera-

<sup>1</sup> El Mtro. Enrique Florez escribió y dió á luz (de 1747 á 1774) hasta veintisiete tomos, dejando terminados otros dos, que publicó fray Manuel Risco, como obras póstumas, añadiendo desde el trigésimo al cuadragésimo segundo en los veinticinco años siguientes (1776 á 1804). Muerto Risco, tomaron á su cargo la prosecucion de la *España Sagrada* fray Antolin Merino y fray José La Canal, también agustinos, quienes añadieron juntos, de 1801 á 1819, los tomos XLIII, XLIV y XLV, y La Canal sólo hasta el año 1836 el XLVI. Extinguidas las comunidades religiosas, puso el Gobierno al cuidado de la Real Academia de la Historia la continuación de la *España Sagrada*: don Pedro Sainz de Baranda escribió el tomo XLVII (1850); pero su fallecimiento y el de don Juan de Cueto, que le sucedió en el cargo, han retardado la publicación de los restantes.

ria?... ¿Podían levantar tan grandioso monumento á la civilización española con los materiales hasta aquella sazón acopiados?... Que á su claro talento no pudo ocultarse la trascendencia y dificultad de la empresa, mostrábalo sin esfuerzo la consideración de que, en concepto de tan doctos franciscanos, «la historia de los progresos literarios era propiamente la historia del espíritu humano, parte la más noble de nuestro ser y que nos distingue de los brutos: España (observaban) jamás había pensado en obra tan digna de sus héroes de letras y de tanta gloria para sus hijos»; pues que «de hecho nunca había vacado á la publicación de una historia literaria» <sup>1</sup>. El compromiso era pues conocido de los que voluntariamente lo aceptaban: dominados sin embargo por la magnitud del propósito, diéronle también exageradas proporciones; y comprendiendo bajo el mismo lema la historia de las ciencias y de la literatura, dejáronse llevar de la comun corriente <sup>2</sup>, afanándose por demostrar que, pues existían ciertos lazos entre letras y ciencias, debían aparecer unidas en un mismo cuadro sus glorias y sus prevaricaciones.

Nacía de esta creencia el inevitable empeño de trazar un plan vasto por extremo, cuyas líneas generales abarcasen ambas esferas, aumentándose de este modo las dificultades, de suyo invencibles, que llevaba tras sí la empresa de la *Historia literaria*. Y era tanto más de repararse el expresado intento cuanto que los Mohedanos, conforme declaraban repetidamente, se proponían, como fin inmediato de su libro, ejercer directa influencia en el gusto de sus coetáneos, mostrándose al propio tiempo filiales en la escuela clásica y no ocultando el desden que le inspiraban, cuando menos, las producciones de la edad

<sup>1</sup> *Historia Literaria de España*, tomo I, págs. VIII, IX, X y XVI del prólogo-introducción.

<sup>2</sup> Como tendremos ocasión de advertir, al considerar la crítica literaria fuera de la Península, no fué este empeño exclusivo de los PP. Mohedanos: cayeron en la misma tentación casi todos los que en el pasado siglo acometieron empresas análogas á la suya; y autorizaron el propósito con su ejemplo, más que otro alguno, así los famosos Maurinos como el renombrado caballero Tiraboschi, aquellos en la *Histoire littéraire de France* y este en la *Storia della letteratura italiana*, que adelante mencionamos.

media, donde sólo les fué dado contemplar tinieblas y barbarie<sup>1</sup>. Aun discernida perfectamente la diferencia que mediaba entre una *Biblioteca* y una *Historia Literaria*, admirados de la vasta erudición de don Nicolás Antonio, tomábanle por guía tan celosos escritores<sup>2</sup>; y mientras por una parte ensanchaban ilimitadamente el horizonte de sus tareas, cerrábanlo por otra, desconocidos por ellos los preciosos tesoros del arte castellano que iban sacando de la oscuridad de los archivos tan diligentes investigadores como los Florez, Castro, Perez Bayer, Sanchez y Sarmiento. Tan ilustres cordobeses acometieron sin embargo la empresa con entera fé y con extremados bríos; pero empeñada su varia y profunda erudición en largas y prolijas investigaciones sobre la cultura, gobierno, leyes, artes y ciencias de los pueblos aborígenes de España; entregados á muy difíciles disertaciones, ya sobre la primitiva literatura de aquellos moradores, ya sobre los nombres que en tan oscura edad distinguieron la Península

<sup>1</sup> Los PP. Mohedanos, si bien manifestaban en la dedicatoria, dirigida á Carlos III, que llegaban también con ellos ante el trono algunos príncipes cultivadores de las letras «que supieron unir lo sublime de la doctrina con la grandeza de la corona, la calidad de sabios con la gloria de reyes,» citando los esclarecidos nombres de Alfonso X de Castilla y Alfonso V de Aragón, tanto al trazar el plan, método y división de su historia, como al exponer su particular juicio sobre las diferentes épocas que debía abarcar, consideraron cual tiempos de oscuridad absoluta los de la edad media, fijándose una y otra vez en el instante del renacimiento clásico. Ni un nombre siquiera de los ingenios que ilustran los siglos XII, XIII, XIV y XV, ni el título solo de una obra (fuera de las Partidas) hallamos en su *Prólogo-introducción* ni en el *Plan de la obra* que recuerde aquellas edades, lo cual explica perfectamente el sistema que se proponían desarrollar en su libro. Lástima es sin embargo que por quedar, según después advertimos, casi en flor su proyecto, no podamos completar este juicio.

<sup>2</sup> Pág. LXII y LXIII del prólogo. Insistiendo los Mohedanos en esta idea, escribían: «Justo es que Córdoba una sus conatos y diestra con Sevilla: que complete aquella la obra, si esta le dió el ejemplo; y en fin, que si un andaluz escribió la *Biblioteca Española*, otros andaluces escribían la *Historia literaria de España*.» Al leer estas líneas, añadimos nosotros involuntariamente: Quiera Dios permitir que, pues estos nobles deseos de los PP. Mohedanos, cordobeses como nosotros, no se cumplieron en el siglo XVIII, lleguen á feliz cima en el XIX.

pirenaica, y ya en fin sobre los viajes que hicieron los antiguos desde el Mar Rojo hasta Cádiz, sobre los reyes fabulosos de España, la antigüedad, grandeza y ruina de Tyro, las flotas de Salomon, los primeros pobladores de Sicilia, y otros puntos de igual naturaleza, llegaban al año de 1791, publicados ya diez tomos de la *Historia Literaria*, sin que hubiera pasado esta del Imperio de Neron, con el exámen de las obras de Lucano. Aquellos infatigables investigadores ni lograban dar cima á la colosal empresa que habían imaginado, ni alcanzaban siquiera á recoger el fruto á que aspiraban, cuando pensaron dar á la estampa el *Desagravio de la literatura española*<sup>1</sup>.

Más afortunado en esta parte don Juan Pablo Forner, distinguido en la república literaria no tanto por su gusto y su erudición como por su acritud y satírica maledicencia, había dado al público en 1786 su notable *Oración apologética por la España y su mérito literario*, obediendo el noble impulso del patriotismo. Pero ni la índole especial de aquel trabajo, ni el tono declamatorio adoptado por Forner, ni el punto de vista en que se había colocado, podían permitir al escritor que satirizaba de igual suerte á Iriarte que á Huerta, á Sanchez que á Sedano y á Trigueros, que se levantase á la esfera de la crítica trascendental ni entrara en la difícil serie de investigaciones y de pruebas que pedía el mismo asunto que trataba. La *Oración Apologética* mostró una vez más que, dividida dolorosamente la república de las letras, no eran bastantes las inspiraciones del patriotismo á producir el fruto por tantos caminos ambicionado.

Venían también á militar otros muchos escritores bajo las dos banderas que disputaban el triunfo: Cadalso, Estala, Floranes,

<sup>1</sup> Sensible fué en verdad que dominados de la grande idea de trazar la *Historia Literaria*, no escribieran los PP. Mohedanos el utilísimo libro que pensaron publicar con dicho título, anticipándose á Forner, Lampillas, Zabala y otros muchos, que con menor fortuna salieron en defensa del nombre español, vilipendiado á la sazón de extranjeros y naturales. En cuanto á los PP. Mohedanos, es doloroso recordar el prólogo del tomo X, sacado á luz por fray Pedro, en que este refiere el fallecimiento de fray Rafael, su hermano, manifestando la gran pérdida que era tal desgracia para la *Historia*, que no debía pasar en consecuencia de la edad de los Sénecas.

Guarinos, Ayala, Trigueros y Capmani fueron sin duda los que más se señalaron en aquel palenque donde, á pesar de los grandes esfuerzos ya tomados en cuenta por nosotros, no llevaba siempre el sentimiento nacional lo mejor de la jornada, merced á los desaciertos de Comella y de los que furiosamente le aplaudian <sup>1</sup>. Lograban los partidarios de la escuela galo-clásica á fuerza de sarcasmos y denuestos desacreditar las producciones del teatro español, gloria imperecedera de los más preclaros ingenios de la Península; y cuando aparecieron á sus ojos las primicias del arte castellano, viéronlas con sonrisa de desden, ya que no con entero menosprecio, sin dignarse siquiera examinarlas.

Iba esta manera de juzgar aneja al sistema entonces entronizado: no contentos con remedar las obras del arte francés, teniendo por únicos modelos dignos de imitarse, habiáanse también los partidarios del arte clásico postrado de rodillas ante el espíritu enciclopédico, que dominaba en absoluto la filosofía, estendiendo al cabo su imperio sobre las letras; y ¡cosa rara por cierto! los que negando toda autoridad y rompiendo toda tradición, proclamaban en absoluto el libre exámen, levantaron en medio de sus exagerados principios fanáticos altares á un arte y á una literatura que representaban una civilización, muerta había mu-

<sup>1</sup> Entre los eruditos que con mayor empeño y amor patrio se consagraron á la investigación de las memorias literarias de la edad media, sería ingratitude no llamar especialmente la atención sobre don Rafael Floranes, señor de Tabaneros. Sus apuntes sobre los orígenes de la poesía española, sus notas á los *Proverbios* del Marqués de Santillana, su *Vida literaria del canciller Pero Lopez de Ayala*, sus investigaciones sobre los Estudios Generales y las Universidades de Palencia y Salamanca, con otros muchos trabajos de grande erudición debidos á su pluma, quedaron sin embargo inéditos, hasta nuestros días, en que los más han visto la luz pública en la *Colección de Documentos* de Salvá y Baranda. Ni conviene olvidar, para comprender en toda su importancia la lucha de la doctrina y del sentimiento, los esfuerzos que durante casi todo el siglo hicieron otros loables varones: singular mención merecen, aunque en vario concepto y así en la corte como en las provincias, los autores del *Diario de los literatos*, *El Diario erudito*, *El Pensador*, *El Memorial Literario*, *La Aduana Crítica*, *El Censor*, *El Semanario de Salamanca* y aun el *Caxon de Sastre*, en que reunió Nifo, recomendándolas grandemente, algunas obras de los tiempos medios.

chos siglos, descubriendo así cuán fácilmente se camina, en nombre de lo que se proclama erradamente como verdad, á los más lastimosos extravíos y vergonzosas negaciones. Arrogante con su victoria, todo lo había invadido aquel espíritu trastornador, para quien nada significaba el respeto de las generaciones pasadas, haciendo en consecuencia estériles ó frustráneas las saludables enseñanzas de la historia. «Ignorancia del verdadero carácter de otras edades, futilidad en las sentencias, denigración de las cosas pasadas; amarga crítica de cuanto sorprendía ó hería el gusto dominante; condenación sin réplica ni exámen de las producciones extrañas á la filosofía moderna...» hé aquí en resumen los dogmas de aquella escuela filosófica, que penetraban también del lado acá de los Pirineos y se derramaron entre los que se pagaban de eruditos, neutralizando, ya que no lograsen anular sus efectos, los grandes esfuerzos de la erudición y del patriotismo que habían pedido sus armas á la historia para combatir aquellos mismos errores y negaciones.

Descaminada en tal forma por el genio de la incredulidad, que parecía presidir los destinos del siglo XVIII, no podía la crítica literaria, aun ejercida por los más doctos, regocijarse en los bellísimos cuadros de costumbres, ni quilatar, hasta connaturalizarse con ellos, los generosos sentimientos que animaron á nuestros padres durante los siglos XII, XIII y XIV; costumbres y sentimientos que, brillando en los primeros albores de la poesía española, se habían trasferido más tarde al teatro y constituían la verdadera nacionalidad literaria del pueblo de los Cides y Fernán González. Así los hombres, para quienes todavía significaba algo el sentimiento de independencia, y no eran las verdaderas glorias literarias de España padron de afrenta, confiando sin duda en lo porvenir, contentábanse con acopiar diligentes todo linaje de monumentos históricos y literarios; y ya consignando sóbriamente los hechos, ya poniendo en claro el error de otros días, acreditaban prácticamente el claro axioma de que tienen los estudios su tiempo de sazón, cual frutos preciosos del árbol de las edades. Alto galardón y sincero elogio merecieron por sus aciertos, y no menos leal disculpa piden sus errores: no estaba á la verdad en sus manos torcer el curso ni domar la corriente de las

ideas; y fuera ingratitud reprehensible en la presente edad, si al verlos vencidos por la contradicción y la duda en la esfera de la doctrina, desconociéramos sus importantes servicios y rechazáramos la herencia que para nosotros atesoraron generosos.

VII.

El espíritu filosófico del siglo XVIII y la intolerancia de las escuelas que bajo su manto se cobijan, no habían consentido la realización de la historia de la literatura española; pensamiento que presentado por los más é iniciado por los Mohedanos, había llegado á ser una verdadera optación en la república de las letras, á despecho de las contradicciones de la crítica. Debía el siglo XIX recoger en vario concepto el legado del XVIII; triste herencia por cierto, si hubieran venido á punto de realizarse todos los sueños de las sectas filosóficas, abortadas por el enciclopédismo. Mas como no en balde afligen á la humanidad los grandes desastres y dolores, mostrado á tiempo el despeñadero, acudióse luego á reconstruir lo derribado sin razón ni ley; y abiertos á los estudios literarios y filosóficos nuevos horizontes, reflejóse su luz en las esferas de la crítica, que recibió por tanto impulso y dirección más conformes con la razón y con la historia. Si no ha alcanzado en nuestros días la verdad, pugna por lograr su conquista. Comenzó en nuestro suelo por ser tolerante, se hizo después ecléctica, y empieza ahora á caminar por la verdadera senda de la filosofía, á cuyo término podrá encontrar la verdad, si es que no la amenazan nuevas tormentas y no impiden su paso hondos abismos.

Desde los primeros años del presente siglo vieron la luz pública varios ensayos sobre la historia del teatro, los cuales manifestaron que si no se habían reconciliado aun los eruditos con las obras de Lope, Tirso, Calderon y Moreto, no eran vistas ya con tanta ojeriza, si bien tampoco se presentaban cual modelos. Fueron sin duda los primeros que en esta parte de la literatura española comenzaron á usar de cierta diligencia y tolerancia, que debía más tarde producir sazonados frutos, don Casiano Pellicer en su *Tratado histórico sobre el origen y progresos de la comedia y del histrionismo en España*, y don Manuel Garcia de

Villanueva en su *Origen, épocas y progresos del teatro español*<sup>1</sup>. No alcanzaban sin embargo estos escritores en la república literaria la autoridad bastante para contrarestar el triunfo de la escuela ultra-clásica, recientes aun las derrotas del *Café*, de la *Lección poética* y de *Los pedantes*, sátiras con que don Leandro Fernandez de Moratin había ridiculizado la escuela de Comella, hiriendo de muerte su infeliz teatro. Era en verdad harto difícil la situación de los que abrigaban simpatías por los grandes dramáticos del siglo XVII: forzados á combatir contra enemigos fuertes y discretos, hallábanse igualmente empeñados en porfiada lucha con la ignorancia y el mal gusto de los que pretendían seguir las huellas de aquellos esclarecidos ingenios, por entre absurdos y delirios. Los trabajos de Pellicer y de Villanueva despertaron á pesar de todo el patriotismo de los eruditos, y fueron quizá poderoso incentivo para que redoblara el ya indicado Moratin sus largas investigaciones sobre los *Orígenes del teatro español*, iniciadas desde su juventud, según expresa él mismo, y dadas á luz después de su muerte por la Real Academia de la Historia.

Si la crítica de nuestros días careciera de las demás obras de Moratin y sólo hubiera escrito este los *Orígenes*, no dejaría por cierto de concederle señalado lugar entre los varones que más honran nuestra patria. No sea esto decir que aceptamos de lleno las doctrinas que le sirvieron de norte en sus juicios, ni menos que los *Orígenes del teatro español* son una obra completa. Contemplando las producciones de los antiguos dramáticos desde un punto determinado, veía Moratin con invencible prevención la mayor parte de las producciones que en su libro juzgaba, encaminándose sus tareas más principalmente al exámen de las formas exteriores que al de los elementos constitutivos del arte por aquellas representado. Era en esto consecuente con la bandera bajo la cual se había filiado, como poeta y como crítico: como erudito, á pesar de la extremada laboriosidad de que hacia

<sup>1</sup> Pellicer no hizo en su *Tratado histórico* más que explanar el discurso que sobre la misma materia había presentado su padre á la Real Academia de la Historia, y lo dió á la estampa en 1804: Garcia de Villanueva había ya publicado en 1802 su *Origen y progresos del teatro español*.